

sacerdote manda en nombre de Dios desobedecer al legislador civil. Es preciso que el Estado ceda ó que la Iglesia abdique. El Estado no puede ceder, cualquiera que sea la debilidad ó aún la conivencia de los que se hallan á su frente; porque al ceder se suicidaria. Es preciso, pues, que la Iglesia se doblegue. Con poca fuerza que tenga el Estado, la Iglesia tiene buen cuidado de no hacerle resistencia frente á frente; pero esto no basta, porque, cuando no puede hacerle la guerra declarada al Estado, lo mina por medio del fraude; lo cual equivale á introducir un elemento más de disolucion. No hay más que un camino de salvacion para la sociedad; es necesario que el cristianismo histórico se transforme. Tal es la consecuencia lógica de la doctrina de Rousseau, áun cuando él no la haya formulado.

IV.

¡ Cosa singular! Esa misma guerra intestina que el cristianismo introduce en la sociedad civil, la tenía Juan Jacobo en sus sentimientos y en sus ideas. Hay en él lucha entre el cristiano y el ciudadano. Escribe al arzobispo de París que es cristiano; hace un elogio entusiasta del Evangelio; dice que el que lo ha inspirado debía ser más que un hombre. Habla el sentimiento: procura, dice, inspirar su corazón en el espíritu del Evangelio, sin atormentar su razón con lo que le parece oscuro. Pero, por más que haga, tiene una razón que no puede conformarse con aquellas oscuridades, llamadas misterios, milagros, sobrenatural: tiene dudas; confiesa que no tiene esa fe robusta que encuentra la evidencia en la revelación. ¿ Por qué, pues, continúa dentro de una religión que su razón rechaza? « Porque su corazón le inclina á ella; porque no tiene más que consuelos para él; no porque la vea demostrada, porque ciertamente á sus ojos no lo está. » Hé aquí un creyente cuya fe no es muy sólida; ¿ qué hará cuando ocurra á su corazón un conflicto con su razón? Es muy de temer que la razón haga callar al corazón.

Esto es efectivamente lo que sucede á Juan Jacobo cuando habla como ciudadano. Si ensalza el Evangelio, no por eso deja de

admirar las repúblicas de Grecia y de Roma. Al contemplar aquellas ciudades que su fantasía idealiza, le asaltan escrúpulos que ponen en grave apuro al cristiano: « Muchas gentes, dice, han considerado hasta ahora á las repúblicas de Esparta y de Roma como bien constituidas, á pesar de que no creían en Jesucristo. » Sin embargo, Rousseau sigue persuadido de que la religión es necesaria para la buena constitucion de un Estado. Esta religión no puede ser el cristianismo, al ménos, añade, el de hoy. Hé aquí, pues, á Rousseau precisado á formular una religión que convenga á su ciudad, religión que no es el cristianismo de hoy; ¿ no es en realidad un cristianismo transformado lo que busca como un ideal, sin darse cuenta de ello? (1). En vano pretende que es cristiano, que cree en todas las virtudes esenciales del cristianismo. Le engaña su corazón; como hombre es cristiano, queremos creerlo; pero es positivo que, como ciudadano, no quiere el cristianismo. ¿ Es posible esta distinción? No; porque la religión y el hombre no forman más que uno, y si el ciudadano no encuentra de su gusto la religión cristiana, es más que probable que la fe del hombre no sea muy seria. En realidad Rousseau no es cristiano más que en el nombre, como lo son todos aquellos que se llaman cristianos en nuestros días y que se verían muy apurados si tuvieran que formular su fe.

Los verdaderos cristianos, así protestantes como católicos, están acordados en rechazar á Rousseau. Juan Jacobo se llamaba y se creía defensor del cristianismo; según los reformados ortodoxos, es su enemigo más peligroso: « El regreso al cristianismo primitivo, dicen, y á sus dogmas, no tiene mayor obstáculo que vencer que su escepticismo de nuevo género sembrado por Rousseau en las entrañas de la sociedad moderna. » ¿ Qué se entiende por escepticismo de un escritor que en el siglo XVIII pasaba por un creyente, por un apóstata de la filosofía? « Rechaza los dogmas fundamentales de la revelación y únicamente conserva la moral cristiana. » Este es el gran crimen de Juan Jacobo. Entre esos dogmas tan caros á la Reforma, ¿ cuál es el que más interesa á los celosos? « El pecado original, que es, según ellos, la verdadera base de la moral. »

(1) Carta de 1762 á Mercet.

«Como Rousseau no creía en el pecado original, á pesar de conocer el bien, á pesar de honrar la virtud, dirigió su conducta segun sus apetitos. Y el mundo actual vive como vivía Rousseau» (1).

En verdad, los ortodoxos son todos igualmente ciegos, llámen-se reformados ó ultramontanos. No les basta la moral, necesitan la fe, ¡y qué fe, Dios mio! La más absurda en su principio, la más bárbara en sus consecuencias que ha inventado la teología en sus delirios, el pecado original. Los cristianos evangélicos, en su santo celo, olvidan que la moral era suficiente para Jesucristo; empiezan por demostrar que Jesucristo fundaba su moral en el pecado de Adán, del cual no habla una palabra. Rousseau retó á los ortodoxos de su tiempo á que probasen que la doctrina del pecado original está contenida en la Escritura con tanta claridad y dureza como el retórico Agustín ha querido formularla. El reto no fué aceptado, y la ciencia moderna (hablamos de la ciencia que no cierra deliberadamente los ojos á la luz) ha dado la razón á Juan Jacobo. Rousseau pide también á sus ortodoxos adversarios que le expliquen un Dios que crea tantas almas inocentes y puras expresamente para unir las con cuerpos culpables, para hacerles contraer en ellos la corrupción moral, y para condenarlas al infierno sin más crimen que esa unión, que es obra suya (2). No han faltado respuestas, pero han sido tan poco convincentes, que hoy los más ortodoxos entre los ortodoxos se avergüenzan de su dogma y procuran eludir tan terribles consecuencias con mil argucias.

¡Imprudentes apologistas! Si la humanidad no puede tener religión ni moral más que á condición de creer en el pecado original, es preciso decir con los materialistas que las religiones han concluido, porque la religión del pecado original es una obra de estupidez, cuando no una obra de mentira. Con semejantes defensores el cristianismo y su moral desaparecerán. Glorifiquemos á Rousseau por haber salvado la religión del mayor peligro que puede amenazarle. Si se la identifica con el dogma cristiano, con los pretendidos misterios de la teología, sucederá en el siglo XIX lo que ha sucedido en el XVIII: los hombres francos y sinceros serán in-

(1) SAYOUS, *El siglo XVIII en el extranjero*, t. I, p. 314, 283 y sig.

(2) *Carta á M. de Beaumont*.

crédulos, no quedarán como creyentes más que los hipócritas. Rousseau vió de cerca la repugnante comedia que la ambición y la codicia representaban con la religión; es preciso oírle para formar una idea de lo que llegaría á ser el mundo bajo el régimen de la ortodoxia cristiana. Lo que se llama el dogma era y es todavía «cierta jerga de palabras sin ideas, con las cuales se satisface á todo, excepto á la razón.» ¿Y la fe? «He visto en la religión, dice Rousseau, la misma falsedad que en la política. He visto que había profesiones de fe, doctrinas, cultos, que eran aceptados sin creer en ellos, y que nada de todo aquello penetraba en el corazón ni en la razón, por lo cual influía muy poco sobre la conducta.» Otras veces el interés exige que se profese la religión de aquellos á quienes se hereda. Se imponen la obligación de creer lo que cree el vulgo, y á solas se rien de lo que en público fingen respetar. *La creencia no es más que aparente, y las costumbres son como la fe.* ¿Dónde está la verdadera religión? ¿en Juan Jacobo ó en ese hato de hipócritas? «El verdadero creyente, dice Rousseau, no puede conformarse con todas estas farsas; conoce que el hombre es un ser inteligente, que necesita un culto racional, y un ser social, que necesita una moral hecha para la humanidad» (1).

Los partidarios del cristianismo dogmático acusan á Rousseau de ser el enemigo más peligroso de la religión cristiana. No ven en su ceguedad que, si hay camino de salvación para el cristianismo, es el que ha abierto Rousseau. Es necesario entresacar las creencias que rechaza la razón, y que después de todo son ajenas á la predicación evangélica. Esto quiere decir que la religión debe identificarse con la ley del deber. La revolución se ha realizado ya; los dogmas no son ya más que cuestión de palabras; se los aprende de memoria en el catecismo, pero se los olvida en términos que de cien cristianos no hay uno que piense en ellos. Los ortodoxos se quejan de la indiferencia religiosa, pero por más que se lamenten, los hombres seguirán siendo indiferentes á unos dogmas que no comprenden y que no tienen relación alguna con la vida ni con las costumbres. Si la ortodoxia se obstina en conservar

(1) *Carta á M. de Beaumont*.

artículos de fe como condicion de salvación, los hombres serán cada vez más indiferentes, y la indiferencia acabará por degenerar en incredulidad. Es preciso, pues, despedirse de las tonterías teológicas para salvar lo que hay de esencial en el cristianismo.

¿Quiere decir esto que la religion debe reducirse á la moral? Este era el pensamiento de Voltaire, y éste es tambien el de Rousseau. La revolucion trató de fundar un culto sobre esta base, y fracasó. Puede decirse que los hombres que se pusieron al frente de aquel movimiento no eran muy á propósito para acreditarlo y autorizarlo; ¿cómo habia de aceptar la Francia una religion de manos de Robespierre? Pero hay ademas otra razon más profunda que hizo que no se arraigase el culto del Sér Supremo. La nocion de Dios no es suficiente para fundar una religion, ni con el deismo de Rousseau, ni con el teismo de Voltaire. Es preciso que exista un vínculo entre el hombre y Dios; es necesario, pues, un dogma que diga al hombre por qué lo ha creado Dios, cuál es su mision en esta vida, y cuál será su destino despues de la muerte, qué papel desempeña Dios en su existencia progresiva é infinita. Los filósofos del siglo pasado no querian ya oír hablar de dogmas; ante una fe que repugnaba á la razon y á la conciencia, creyeron que toda fe era peligrosa. Y es que, ante todo, estaban llamados á destruir. Pero para edificar no basta un trabajo negativo. La religion es una educacion, y no se educa á la humanidad con negaciones; son necesarias doctrinas positivas que lleguen á ser un alimento para las almas y un vínculo para la sociedad. El mal no es el dogma como tal, sino el dogma falso, el dogma que consiste en misterios y que se funda en milagros. Una religion sin dogmas no es una religion; por esto el deismo filosófico del siglo XVIII no triunfó del cristianismo; los hombres siguieron adictos á las creencias del pasado tales cuales eran, más bien que quedarse sin creer nada.

c. — *Los defensores del dogma.*

I.

Voltaire y Rousseau son los representantes por excelencia del siglo XVIII; en ellos se concentra el odio de los enemigos del libre

pensamiento. Los dos ilustres rivales, aunque divididos por sus sentimientos, han sido unidos por la reprobacion comun que pesa sobre su memoria. A ellos imputa el vulgo de los ortodoxos todo el mal que los filósofos han hecho al cristianismo. El poeta popular, que en nuestros dias ha llegado á ser intérprete de las creencias de la humanidad, ha escrito una graciosa sátira de las ciegas acusaciones que los partidarios del pasado lanzan contra Voltaire y Rousseau. *Los vicarios generales de París* publican una pastoral para la cuaresma; es costumbre que estos señores aprovechen semejante ocasion para declamar contra la filosofía; escuchemos las maldiciones que pone Béranger en sus labios. El público ya no las toma en serio; si quedan aún algunas viejas que escuchan «las grandes verdades» que predicán sus directores espirituales, la masa de los que se llaman fieles se rien de ellas. ¿Quién tiene la culpa?

*C'est la faute de Rousseau ;
Si l'on nous siffle en chaire,
C'est la faute de Voltaire (a).*

Todos nuestros males, prosiguen *los vicarios generales*, nos han venido por culpa de Arouet y Juan Jacobo. ¿Cuál es su primitivo origen? La desdichada Eva, que se dejó tentar por Satanás. Ahora bien; Satanás habia leído el *Emilio*, y por esto no cumplia nunca con la Pascua; y si

*Eve aime le fruit nouveau,
C'est la faute de Rousseau (b).*

Desde entónces se palparon los frutos de la filosofía:

*Cain tua son frère,
C'est la faute de Voltaire (c).*

Sobre todo, esa abominable libertad, libertad civil, libertad política, libertad de pensar, que los filósofos han introducido en el

(a) La culpa es de Rousseau. Si hoy se nos silba en el púlpito, la culpa es de Voltaire.

(b) Si Eva probó el fruto prohibido, la culpa es de Rousseau.

(c) Cain mató á su hermano; la culpa es de Voltaire.